

Santiago Espinosa

As all the Heavens were a Bell
Emily Dickinson

CAMPANAS

De lo oscuro suenan campanas.
Y el bar, las casas,
las mesas que esperan,
emprenden su detenido ascenso.
Parte el aviso, los faroles con forma de esfera.
Parte el mendigo, el viejo sonámbulo
de un lado al otro, del cielo al pan
mientras todos parten.
El barrio es el sueño de un barco que rumora
cuando suenan las campanas;
cuando brotan las sucias burbujas en los vasos, las camas,
y una opaca centella emerge impaciente.
Campanas.
El vértigo viaja en sus ondas de acero,
se doblega y recomienza.

A UN ESCULTOR JUDÍO

Centrar la arcilla.
Que el torno libere el grito
las formas azules del pasado
presas en el lodo.
Piensa en su nombre, lo convoca,
y vuelven las yemas a su cuerpo blanco;
su memoria a la memoria.

Giran las espirales
y en ellas vuelve el tren
donde se conocieron los abuelos,
las aguas de un mar muerto
entre los dedos y rocas
el túmulo amargo de la madre.

Tiene el furor del poseído: siente que lo persiguen soledades.
La diáspora de unos huesos todavía húmedos,
y que ahora encuentran su olvidada luz,
emergen de entre sus manos como un árbol nuevo.

Nada crea el escultor, tan sólo escucha lo que dice la roca.
Se levanta temprano,
desayuna, prende otro cigarrillo,
y ofrece los brazos a una antigua ceremonia.

-Quizás lo sagrado era la piedra desnuda
no el templo.
La piedra
tatuada en las agujas de la lluvia,
aceitada en las yemas del verdugo.

EL CARNICERO

La materia
"diáspora de estrella",
es para Don Orlando
kilos
peso tibio entre las manos.
Y el tiempo, del negro al blanco,
le zumba al oído
como moscas en la tarde.

Entre lomos, caderas,
blancos puñados de grasa,
pasan los días de Don Orlando.
Por eso alza las carnes al hombro
sin pensar en los cortejos.
Lee los mensajes de las fibras
sin detenerse en augurios.

No hubo pudor cuando
besó a su hijo entre placentas.
Cuando lo tuvo en los brazos,
y en los ojos del uno y del otro
la misma bruma,
sus manos, sin saberlo,
imitaron la balanza romana.

Las vísceras del hijo se velaron,
al ver la luz por el cuchillo de otros.
Don Orlando no hace conjeturas,
su madre le enseñó que era malo especular.
Y sin embargo
no olvida la bendición
antes de hacer los cortes.
Hay que lavarse bien las manos
sin importar el precio del jabón.

PARTIDAS

Nos íbamos.
Cerca del mar, más cerca de la nieve.
Papá hablaba del calor de las turbinas,
el ciclo del aire y sus corrientes.
Largas alas en sus ojos
todavía de luto.

Sentir el beso de los ruidos suaves.
Un viejo lee el periódico
y no hay buenas noticias.
A su lado una mujer respira, muerde los labios:
también ella cae,
y no puede volar cuando tiene pesadillas.

Todo tan rápido, tan limpio y tranquilo.
Verde tapete en las montañas, la selva,
sombras en el suelo como lagos.

No había duendes en las nubes,
rayitos de dios.
Sólo un poco de niebla en la ventana.

Olor de la ropa nueva:
abajo el abuelo pasa a caballo,
entre los pájaros,
navega por el Río Grande.
Días más largos, del frío al calor,
guarda el oro en los bolsillos
como ocurre en las películas.